

ECOS



— Y —
LLAMAS

MORGAN RHODES
AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

Primera edición: marzo de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *Echoes and Empires*
Traducción del inglés: Ana Hernández de Deza
Ilustración de cubierta: Leilani Bustamante

Todos los derechos reservados,
incluido el derecho de reproducción total
o parcial de la obra en cualquier formato.
Edición publicada por acuerdo con Razorbill,
un sello de Penguin Young Readers Group
(una división de Penguin Random House LLC).

© del texto: Morgan Rhodes, 2022

© Ediciones SM, 2023

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-196-2101-6

Depósito legal: M-516-2023

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis amigos, cercanos y lejanos...
y a los que todavía no conozco.*

uno

LA NOCHE QUE ME DI DE BRUCES CONTRA MI DESTINO, IBA de rojo.

Era la noche de la Gala de la Reina, el evento social más importante del año. Aquella fiesta, celebrada en la Galería Real de Puertoferro, era la oportunidad de vestirse a la última moda, adornarse con las joyas más resplandecientes y codearse con los ricos, los famosos y cualquiera lo bastante afortunado como para haber recibido una invitación personal de la reina Isadora.

No podías negarte a acudir a la gala. Por mucho, por muchísimo que te apeteciera decir que no.

—Primera lección de la noche —dije—: finge que estás encantada de haber venido.

Mi mejor amiga, Celina Ambrose, llevaba ya un buen rato mirando por la ventanilla de nuestra limusina, con expresión de terror. Una hilera de gente guapa e impecablemente vestida subía los treinta escalones de piedra de la galería, mientras una nube de periodistas les sacaba fotografías.

—No me imagino cómo te las has ingeniado para soportarlo durante todos estos años, Joss —susurró Celina, aferrando su bolsito de cuentas como si fuera un salvavidas. Su piel, que normalmente ya era pálida, estaba casi translúcida por los ner-

vios—. Toda esa gente que te juzga continuamente, sin parar... Cada movimiento, cada defecto...

—¿Que te juzga o que te admira? —repliqué, encogiéndome de hombros—. Mira, te voy a explicar lo que tienes que hacer: mantén la cabeza alta, sonríe de oreja a oreja y finge que todos son tus mejores amigos.

—Pero es que no lo son.

—Ya. Por eso he dicho que finjas —le recordé.

—Es decir, que mienta.

—Claro. Miente, finge; qué más da. Llámalo como quieras. Lo gracioso es que nadie se da cuenta de la diferencia. Si pareces segura de ti misma, todos creen que lo estás. Tú confía en mí.

—Para ti es tan fácil... —frunció el entrecejo—. Siempre se te ve tranquila, como si no te afectara nada. ¿No te pone nerviosa nada de esto? ¿O es que tú también estás fingiendo?

Constantemente, pensé. Sobre todo, esta noche.

En el fondo, sabía que no hubiera debido estar allí. ¿Pero cómo iba a permitir que Celina se enfrentara a la gala sin nadie que la apoyara? Así que ahí estaba.

—Es cuestión de práctica —comenté alegremente, ensanchando la sonrisa para darle ánimos—. Venga, vamos. Ya llegamos tarde. Si nos retrasamos más todavía, tu padre me va a matar, en serio. ¿Estás lista?

Celina asintió con rigidez.

—Eso creo.

—Perfecto.

Le indiqué al chófer, que aguardaba pacientemente fuera de la limusina, que nos abriera la puerta trasera. Salí del

coche, seguida de mi mejor amiga, y la agarré del brazo de inmediato.

—Vamos allá —dije.

Empezamos a subir las escaleras. Cuando los periodistas divisaron a Celina, la hija del primer ministro Regis Ambrose —una impresionante pelirroja de dieciocho años— y a la igualmente despampanante rubia de diecisiete años que iba a su lado —servidora—, se dispararon cientos de flashes.

A mí me resultó sencillo ofrecer a las cámaras una sonrisa deslumbrante; llevaba toda la vida practicándola, y había acudido ya a siete galas de la reina. Sin embargo, este era el primer evento importante en el que Celina era el centro de atención.

—¿Todo bien? —musité.

—Voy tirando —respondió con una sonrisa forzada, levantando la vista hacia el final de la escalinata—. Mi padre no parece muy contento.

Alcé la vista yo también: efectivamente, el padre en cuestión nos estaba fulminando con la mirada.

O, más bien, me fulminaba a mí.

Lo que habría querido el primer ministro era que llegáramos los tres juntos; pero el vestido negro que había comprado primero no era el más adecuado, y la maravilla de satén escarlata que en ese mismo momento envolvía, abrazaba y ceñía mi cuerpo había llegado con retraso a mi casa. Así que llegábamos tarde, sí, pero lo justo para hacernos de rogar elegantemente.

En todo caso, habría dado lo mismo que llegáramos diez minutos antes. El padre de Celina no era mi mayor admira-

dor; siempre me había considerado una mala influencia para su perfecta hija, y habría estado encantado si hubiera decidido quedarme en casa esa noche.

Bajo ningún concepto iba a hacer eso. A Celina le pasaba algo, algo distinto a los nervios normales ante un acontecimiento social. Y yo estaba decidida a llegar al fondo de la cuestión y ayudarla a lidiar con lo que fuera.

No teníamos secretos entre nosotras. Cero. Ninguno. Llevaba toda la vida deseando tener hermanos y Celina era lo más parecido a una hermana para mí, así que, si creía que podía ocultarme un secreto, ya podía pensárselo dos veces.

El primer ministro le hizo un gesto a Celina para que se acercara, curvando el dedo índice.

—Ve con tu padre —le pedí a mi amiga—. Mejor que te tenga para él solo un rato, mientras se le calman los ánimos. No estoy de humor para aguantar una bronca por mi falta de puntualidad.

Celina me observó preocupada, pero yo hice un aspaviento que hizo brillar mis uñas perfectamente pintadas.

—No pasa nada —la tranquilicé—. Que tu padre te presente como mejor le parezca. Tú sonríe, asiente y haz como que te interesa muchísimo todo lo que te cuentan. Si lo haces, los tendrás comiendo de tu mano. Ya te acostumbrarás.

—¿De verdad tengo que acostumbrarme a esto? —suspiró—. ¿A codearme con este montón de personas superficiales?

—Oye, que estás hablando de algunos de mis mejores amigos —le dediqué una sonrisa pícaro—. Y de mí, por supuesto. Sinceramente, yo soy la más superficial de todos. Y muy orgullosa de ello.

Conseguí que se riera débilmente; fue un triunfo.

—Vete, anda —insistí.

Celina abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se mordió el labio inferior, asintió y subió deprisa el resto de los peldaños para reunirse con su padre.

Sí: definitivamente, le pasaba algo. Algo importante. Me juré a mí misma que averiguaría qué era antes de que terminara la noche.

Me incliné hacia los fogonazos de las cámaras, con una mano apoyada en la cadera, y posé para las fotos, intentando que pareciera que estar ahí era lo que más me apetecía en el mundo. El último año había sido muy triste, plagado de dolor y arrepentimiento, y estaba decidida a volver a ser la Joss de siempre, alguien que no se obsesionaba con el pasado. Esa noche, me centraría en el presente y en las maravillosas posibilidades del futuro. Nada más tenía importancia.

Y, por un instante, fue cierto. Al fin y al cabo, me encantaba que me sacaran fotos, sobre todo cuando llevaba un vestido de vértigo que se vería impresionante en los reportajes y las noticias: un brochazo rojo fuego en un mar de trajes de diseño negros y grises, bonitos pero monótonos. Aquel vestido valía todo el dinero que había costado.

Cambié de posición y me eché la melena sobre el hombro izquierdo: mi postura favorita para posar, ya que las largas ondas rubias tapaban la marca de nacimiento en forma de corazón de mi cuello. De pequeña no me gustaba nada, y había pensado seriamente quitármela. Pero al final no lo hice y, desde entonces, había decidido tomarle aprecio a ese detalle curioso de mi cuerpo.

A no ser que estuviera bajo los focos, claro. Entonces no podía evitar el antiguo hábito de ocultarla.

—¡Señorita Drake! ¡Josslyn Drake! —gritó un periodista, lo bastante alto para que lo oyera entre el barullo de voces.

Giré en redondo sobre mis altísimos tacones y le dediqué una sonrisa arrebatadora.

—Hola.

—Está preciosa, señorita Drake.

—Muchas gracias.

Me acercó un micrófono y su compañero me apuntó con la cámara.

—Hace un año exactamente, su padre, el primer ministro Louis Drake, fue asesinado en estas mismas escaleras cuando entraba en la Gala de la Reina. Ahora, todo el Imperio de Regara se hace la misma pregunta: ¿cómo se encuentra Josslyn Drake, antigua primera hija de Puertoferro?

Se me borró la sonrisa. El estruendo de la multitud pasó a ser un rumor sordo. Los latidos desbocados de mi corazón resonaban en mis oídos.

—Estoy... Estoy bien, gracias —logré articular finalmente.

Aquellos escalones. Aquella noche. Hacía un año exacto.

Contemplé las escaleras de mármol blanco. Después de la tragedia, las habían limpiado hasta eliminar toda traza de sangre. No quedaba ni rastro de lo sucedido, pero el recuerdo seguía siendo tan dolorosamente vívido como si acabara de ocurrir.

El reportero me acercó el micrófono a la cara, y yo reprimí el impulso de apartarlo de un manotazo. Tenía un nudo en la garganta que me impedía hablar.

—Es increíble que haya venido esta noche. ¿De dónde ha sacado las fuerzas para asistir a la gala este año? —preguntó el periodista.

Finge, le había dicho a Celina. Tenía que fingir —mentir, en realidad— que todo iba bien; ignorar que todas y cada una de las células de mi cuerpo me estaban pidiendo a gritos que huyera y me escondiera.

Era lo esperable; ya lo sabía. Y podía soportarlo. Podía manejar con elegancia a un reportero pesado, aunque sus preguntas fueran como flechas que se clavaban directas en mi corazón.

—La fuerza de la reina Isadora es todo lo que necesito para ser fuerte —susurré con la mayor dulzura posible—. Apoyo a su majestad en todas sus decisiones y actos, y estoy deseando oír su discurso de esta noche.

El periodista asintió.

—La última decisión de su majestad ha sido atacar la guarida de Lord Banyon, pero el legendario hechicero ha logrado eludir la captura de nuevo. ¿Cree que la Guardia Real lo encontrará al fin? ¿Confía en que lo obliguen a rendir cuentas por la muerte de su padre y la de los miles de regarianos cuyas vidas ha segado en su afán por destruir el imperio?

A esas alturas, era incapaz hasta de fingir una sonrisa. Los ojos me escocían por las lágrimas retenidas.

El periodista, impertérrito, sostenía el micrófono frente a mis labios, aguardando mi respuesta. Las cámaras enfocaban mi rostro, dispuestas a captar cualquier indicio de emoción o debilidad.

Había sido primera hija durante toda mi vida, hasta la muerte de mi padre.

Había crecido siendo el centro de atención del público, que me admiraba con entusiasmo o me criticaba con dureza, según el día. Siempre les había dado a los periodistas lo que me pedían, y jamás había eludido los focos cuando me querían sacar una fotografía o hacerme una pregunta.

Pero durante el año anterior me había mantenido apartada de todo, junto a Celina. No había concedido entrevistas ni asistido a ningún evento social. Había evitado la publicidad y la atención de los medios.

Únicamente había acudido a algunas fiestas privadas con mis amigos más cercanos, pero aquello no contaba.

Había evitado ir a cualquier sitio donde pudiera haber periodistas o fotógrafos. No quería mostrarme débil ante ellos, ni que me vieran llorar. Porque no era débil. Y si lloraba, desde luego que no iba a permitir que se retransmitiera para que lo viera todo el imperio.

Así que no me quedaba otra opción: mentiría. Les aseguraría que Josslyn Drake, la anterior primera hija de Puertoferro, se encontraba perfectamente, a las mil maravillas, muchas gracias por el interés.

Y ellos se lo tragarían.

—Tengo una fe absoluta en que la reina Isadora y su leal regimiento de guardias reales acaben al fin con la amenaza de Lord Banyon —respondí con tono monocorde, marcando cada palabra—. Gracias a ellos, la paz reinará de nuevo en el imperio.

Cuando terminé de hablar, estaba temblando. El periodista me hizo otra pregunta, pero yo ya había tenido más que suficiente.

—Muchas gracias —concluí, apartándome con una sonrisa forzada.

Subí los escalones sin posar para más fotos y me enjugué con fastidio la única lágrima que se me había escapado.

Con suerte, nadie la habría visto.

En cuanto llegué a la entrada de la galería, me apoyé en una de las columnas, cerré los ojos y respiré hondo para calmarme.

—Tú puedes —me dije a mí misma mientras inspiraba y espiraba—. No pasa nada. Todo va bien.

Un minuto después, abrí los ojos y eché un vistazo a la entrada abarrotada. De inmediato me acordé de mi padre, y de cómo me había agarrado la mano la primera vez que habíamos ido allí siete años atrás, en mi primera gala. Durante todo el tiempo que ejerció como primer ministro de la reina en Puertoferro, capital del Imperio Regariano, Louis Drake había detestado las fiestas de la alta sociedad tanto como Celina.

Mi padre y yo éramos distintos en tantas cosas que me resultaba imposible llevar la cuenta.

Con solo diez años, yo me dedicaba a guiarle entre la multitud y le animaba a mantener conversaciones triviales y hacer contactos que podrían ser importantes, mientras él se quejaba de lo mucho que le apretaba la pajarita que le había anudado yo, porque él nunca le había pillado el truco. Era hasta divertido lo mucho que odiaba la parte pública de su trabajo, aunque supiera que su labor era indispensable para la reina. Al fin y al cabo, ella misma le había elegido para ese puesto, y él lo había ejercido durante casi dos décadas sin que nadie sugiriese que debía ser reemplazado.

La reina Isadora adoraba a mi padre. Y también a mí; ese era el motivo de que, después de la tragedia del año anterior, sugiriese que yo me quedara a vivir en la residencia del primer ministro, el único hogar que conocía, tutelada por Regis Ambrose, el amigo más íntimo de mi padre y su sucesor.

Yo acepté encantada, agradecida de todo corazón.

Mi padre tenía algunos familiares lejanos que vivían a miles de kilómetros de distancia; yo ni siquiera los había visto en persona, así que la posibilidad de continuar llevando la única vida que conocía fue un regalo del cielo. Sin embargo, no todo era perfecto. A pesar de su amistad con mi padre, el padre de Celina no me miraba con simpatía. Me consideraba una alborotadora y una mala influencia para su hija.

Es posible que me gustara meterme en líos; pero si alguna influencia ejercía sobre Celina, era solo para ayudarla a tener confianza en sí misma. Como primera hija, la iba a necesitar.

Regis Ambrose no era la primera persona a la que yo no le caía bien, y sabía que no sería la última. No me molestaba. No demasiado.

Regresé al presente a tiempo de darme cuenta de que alguien se acercaba a mí: un joven de metro noventa de estatura, ligeramente bronceado, con el pelo negro y los ojos castaños. Tenía los hombros anchos, el pecho musculoso y las caderas estrechas. El uniforme negro y dorado de la Guardia Real le hacía parecer una especie de dios de la guerra.

En un abrir y cerrar de ojos, mi estado de ánimo empezó a mejorar.

—¿Se encuentra bien, señorita Drake? —me tendió una copa de vino, que acepté de inmediato—. He visto lo que ha pasado con el periodista.

—Estoy bien, gracias —di un sorbo, agradecida—. Aunque... ¿podrías hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Llámame Joss.

Enarcó una ceja.

—No sería muy correcto, ¿no?

—Confía en mí: soy la chica menos correcta que conocerás en tu vida.

Él sonrió.

—¿En serio?

—Totalmente —confirmé con una sonrisa auténtica.

Se llamaba Viktor Raden.

Comandante Viktor Raden.

A sus dieciocho años, Viktor era el militar más joven del Imperio Regariano con ese rango.

Hacía dos años que había sido proclamado campeón de los Juegos de la Reina, el torneo bianual de gladiadores, y se había convertido en una celebridad en todo el imperio. Viktor era un huérfano salido de la nada, que se había alzado con el triunfo al derrotar a todos y cada uno de sus oponentes. En los Juegos solo vencían los más fuertes y valientes, y nadie había ganado más combates que él. Diecisiete seguidos, para ser exactos, durante los cuatro días que duró el torneo.

La propia reina Isadora se había fijado en la grandeza del joven campeón, e inmediatamente lo había reclutado para la

Guardia Real. Y Viktor no había defraudado las altas expectativas que había puestas en él.

Yo había hablado con él en tres memorables ocasiones, la última de ellas el mes anterior, en el cumpleaños de Celina. Sabía que iba a acudir a la gala esa noche, y tal vez eso influyera en mi decisión de asistir aquel año. Un poquito.

Más que un poquito.

Puede que Viktor aún no lo supiera, pero se iba a enamorar locamente de mí. Y muy pronto. Era atractivo, hábil, perfecto. Y alto. Muy alto. Todas mis amigas babeaban por él, lo cual lo convertía en un trofeo aún más valioso que debía ser mío.

Y ahora, nada más verme, me había ofrecido una copa de vino y me había preguntado si estaba bien. *Un comienzo prometedor*, pensé.

Di un sorbo y me obligué a tragar. El nudo de mi garganta se negaba a desaparecer.

—¿Ya ha entrado la reina? —pregunté.

—Todavía no.

—Supongo que no soy la única que llega tarde... No le gusta pasar inadvertida, ¿verdad?

—No le gusta nada —asintió Viktor.

A pesar de lo agradable que resultaba la compañía del comandante, escudriñé la entrada en busca de Celina. Finalmente la localicé al lado de su padre, junto a tres hombres vestidos con trajes tan rígidos y formales como sus caras. Mi amiga tenía aspecto de querer escapar a la carrera; desde luego, no estaba siguiendo mi consejo de sonreír a todo y a todos. Con expresión ausente, contemplaba la mesa, llena de botellas de

vino resplandecientes y fuentes de fruta cortada de forma tan artística que daba pena comerla.

Aun así, todavía no la veía tan desesperada como para necesitar urgentemente mi ayuda. Tenía un poco de tiempo para poner en marcha mi plan: el Proyecto Viktor.

—Me alegro mucho de que estés aquí —le dije, volviéndome hacia él.

—¿Sí?

—Muchísimo. De hecho, estaba pensando que deberíamos repetir esto de forma habitual.

—¿El qué?

—Tú y yo. Hablar. Beber vino —di un sorbo a mi copa—. Porque hoy me temo que no vas a beber...

—Estoy de servicio.

—Claro. Pero a lo mejor la próxima vez no lo estás —jugueteé con un mechón rubio de mi cabello, retorciéndolo entre los dedos—. Los dos solos y una botella de vino. Sin periodistas. Sin gente cerca. Me encantaría tener la oportunidad de conocerte mejor.

—¿En serio?

—Desde luego.

Viktor me examinó durante unos instantes, frunciendo el entrecejo. Luego, su mirada se desvió hacia el primer ministro.

—Por desgracia, me temo que es imposible.

Pestañeé.

—¿Qué...?

—Si me disculpa, señorita Drake...

Y se marchó dejándome plantada, avergonzada y sola.

Hice un esfuerzo por sacudirme aquella sensación y analicé lo que acababa de pasar. Parecía... ¿un rechazo? No estaba acostumbrada a que me rechazaran. Pero esa noche no estaba en mi mejor momento, tenía que admitirlo. Era extremadamente raro que mis habilidades sociales fallaran cuando de veras quería conseguir algo.

Y quería conseguir a Viktor.

Volvería a intentarlo en otra ocasión.

Viktor se encontraba ahora junto al primer ministro y Celine. Decidí dejarlos tranquilos mientras me acababa la copa e iba a buscar otra, que encontré y consumí en un tiempo récord.

Necesitaba olvidar la tristeza y los pensamientos oscuros que despertaba en mi interior el recuerdo de Lord Banyon, pero sabía que esa noche sería imposible. La reina Isadora había dispuesto que se expusiera en una sala una selección de los tesoros confiscados durante la redada a Lord Banyon, famoso por sus expolios y su costumbre de robar obras de arte al imperio.

Ahora, le habían arrebatado todos sus tesoros y su mansión había sido destruida. Banyon se había quedado sin nada.

Pensar en eso me consolaba un poco.

Pero ni de lejos tanto como me consolaría su ejecución. En el imperio, todos los brujos eran ejecutados. Sin excepción. El objetivo de la reina, el de su padre y el de sus múltiples antecesores había sido eliminar todo rastro de magia en el mundo. Solo entonces el imperio estaría totalmente libre de aquel mal.

Lord Banyon era especialmente peligroso, porque odiaba al imperio y todo lo que este representaba. Su mayor deseo

era destruirlo, acabar con la reina y alzarse como gobernante absoluto para esclavizar al mundo entero a través de su magia. Por suerte, yo jamás había sido testigo de lo que hacía la auténtica magia en ninguna de sus manifestaciones; pero las historias que había oído sobre los horrores perpetrados por quienes eran capaces de invocarla me acosaban en sueños.

Lo odiaba. Odiaba pensar en todo lo que me había arrebatado ese maldito brujo, y odiaba que la sola mención de su nombre bastara para hundirme el ánimo y arruinarme la noche.

Pero no iba a permitir que me arruinara la vida.

No quería quedarme a solas con los pensamientos oscuros que bullían en mi interior, así que decidí que necesitaba una nueva distracción. En algún lugar de aquel laberinto de gente bien vestida, entre los violinistas que se paseaban y los suntuosos despliegues de comida, se encontraban mis amigas.

Lo que necesitaba para distraerme era un nuevo cotilleo.

Atravesé el vestíbulo principal, pasé junto a la gran orquesta y, de camino, entablé conversación con algunos conocidos que me informaron de que mis amigas estaban en el exterior. Salí a un precioso patio ajardinado que olía a lavanda y a hierba recién cortada, rodeado de árboles centenarios.

En el centro había otra mesa con aperitivos y vino. Mientras recorría el amplio espacio, tomé una nueva copa de una bandeja que pasó a mi lado.

—¿Te puedes creer que haya acudido esta noche? —dijo alguien—. Lo lógico hubiera sido que guardara más respeto por su padre y no se presentara aquí en el aniversario de su muerte. ¡Y menos con ese vestido!

Me quedé paralizada. Había reconocido al instante la voz de Bella; al fin y al cabo, era una de mis mejores amigas.

Las chicas estaban apiñadas a la vuelta de la esquina. Me quedé pegada a la pared de piedra para que no me vieran, aferrando mi copa mientras escuchaba cómo me criticaban.

—Acabo de ver cómo se lanzaba sobre el comandante Raden; ha sido tan descarada que hasta daba pena. Especialmente, cuando a él no le interesa ella ni lo más mínimo...

Esa era Olivia.

Otra buena amiga mía.

—Ya sabes: se ha vestido de rojo para intentar eclipsar a Celina. Celina sí que tiene clase, una elegancia natural que rezuma por todos sus poros. Algo que jamás tendrá Josslyn Drake...

Y esa era Helen.

Siempre la había detestado.

El veneno de sus palabras me revolvió el estómago.

—No sé cómo la aguanta Celina, de verdad —comentó Bella—. De hecho, hasta la defiende, por escandalosa que se ponga Joss o por mucho que la deje en ridículo. Imaginaos lo que debe de ser aguantarla todo el tiempo... ¡Es que vive en su casa, siempre está ahí! ¡No hay escapatoria!

—No tiene otra opción —replicó Olivia—. ¿Qué querías que dijera el primer ministro Ambrose cuando la reina le pidió que cuidara de Joss?

—Pues podría haber dicho que no, porque Joss es una narcisista egocéntrica a la que no le importa nadie más que ella misma —concluyó Helen.

Me di cuenta de que había empezado a temblar. Cada palabra era una aguja al rojo vivo que se me clavaba en el alma.

—¿Adónde iba a ir, si no? —dijo Olivia—. Casi no tiene familia, aparte de su padre.

—Por mí, como si la encierran en la Custodia de la Reina y tiran la llave —sentenció Helen.

Bella soltó una carcajada.

—¡Ojalá fuera tan fácil! —exclamó.

La Custodia de la Reina era una prisión amurallada que estaba a cientos de kilómetros de Puertoferro. Allí se encerraba a los criminales para que vivieran apartados de la sociedad. Una vez entrabas, no volvías a salir. A todos los efectos, ya no existías.

Y mis amigas consideraban que yo debía comprar un billete de ida hasta allí.

Precioso.

Aunque nada me apetecía más que huir antes de que me vieran, me negaba a mostrar debilidad. Por más que les gustara criticarme a mis espaldas, nadie llamaría nunca «débil» a Josslyn Drake.

Con los hombros muy rectos y la cabeza bien alta, doblé la esquina.

—¡Vaya, aquí estáis! —saludé con una enorme sonrisa.

—¡Joss! —exclamó Bella, intercambiando una mirada de preocupación con Olivia—. Estás preciosa esta noche.

—Ese vestido es impresionante —comentó Olivia con entusiasmo—. Qué suerte tienes... En serio, mataría por tener tu cuerpo.

—Eres un encanto —respondí—. Vosotras también estáis guapísimas. Incluso tú, Helen.

Helen, que llevaba el mismo vestido negro de seda que se había puesto en el cumpleaños de Celina, fue bastante menos efusiva que las demás.

—Eres muy amable, Joss —respondió con indiferencia.

Miré a las otras dos, que no podían disimular su cara de culpabilidad.

—¿Sabéis qué? Es en noches como esta cuando me doy cuenta de la suerte que tengo de contar con amigas de verdad, como vosotras. Especialmente, después de este año tan difícil.

—Eres muy valiente —barbotó Bella.

—Muchísimo —asintió Olivia.

Me giré hacia Helen.

—¿Tú crees que he sido valiente este año?

Sonrí, pero con frialdad. Sus ojos no mostraban emoción alguna.

—No es posible ser más valiente de lo que has sido. Eres una inspiración para todos, Joss.

Los murmullos a nuestro alrededor se hicieron más fuertes, y me volví para averiguar el motivo del alboroto. Acababa de llegar al patio la reina Isadora Regara, flanqueada por su guardia personal. Llevaba un complicado vestido en blanco y dorado, con corsé y falda de vuelo de varias capas. Le quedaba de maravilla —era la última moda imperial—, y hacía que su tez pálida brillara como si estuviera espolvoreada de metales preciosos.

—Ah, aquí estás, Josslyn —me saludó sonriente, y extendió la mano hacia mí—. Acompáñame, ¿quieres?

Crucé una mirada con Helen y me sentí satisfecha al ver la rabia que brillaba en sus ojos.

—Perdonadme —me excusé—, pero mi querida amiga, la reina Isadora, me necesita. Ya sabéis que soy casi como su sobrina... Luego hablamos. ¡No me echéis mucho de menos!

Sí: me habían pinchado, me habían herido.

Pero jamás permitiría que me vieran sangrar.